

APUNTES SOBRE LA POESÍA. *Osip Mandelstam*

La poesía rusa contemporánea no cayó del cielo, la anunció el pasado poético de nuestro país. ¿Acaso los castañeteos y las crepitaciones de Yazikov no anunciaron a Pasternak? ¿Y acaso este ejemplo no es suficiente para demostrar cómo las baterías de la poesía conversan unas con otras lanzándose fuego, sin inmutarse por la indiferencia del tiempo que las separa? En la poesía siempre hay guerra. Sólo en una época de idiotismo social hay paz o hay tregua. Los jefes de las raíces, como los jefes de los ejércitos, se arman unos contra los otros. Las raíces de las palabras combaten en la oscuridad, quitándose unas a las otras los alimentos y los jugos de la tierra. La lucha del lenguaje oral del pueblo ruso, del vocabulario familiar, del lenguaje seglar contra el lenguaje escrito de los monjes, contra la escritura eclesiástica eslava, bizantina y hostil, continúa todavía hoy.

Los primeros intelectuales fueron los monjes bizantinos. Ellos impusieron a la lengua un espíritu que le era ajeno y una apariencia que también le era ajena. En Rusia, los monjes (es decir los intelectuales) y los seglares siempre hablaron lenguas distintas. Los giros de la iglesia ortodoxa empleados en la lengua rusa por Cirilo y Metodio fueron para su tiempo lo mismo que el volapük* de los periódicos para el nuestro. A la lengua hablada le gusta adaptarse. A partir de fragmentos antagónicos crea una aleación. La lengua hablada siempre encuentra un camino intermedio, cómodo. En relación con toda la historia del lenguaje tiene una disposición conciliatoria y se determina con una vaga apacibilidad, es decir, oportunismo. La lengua poética jamás se encuentra suficientemente “conciliada”, y en ella a lo largo de muchos siglos se descubren viejos desacuerdos. Es como un ámbar en el que

* Del inglés world + speak. Una lengua creada artificialmente que no se difundió.

todavía zumba una mosca atrapada en la resina desde tiempos inmemoriales, un cuerpo extraño viviente que continúa viviendo a pesar de estar fosilizado. En la poesía rusa, todo lo que trabaja en favor de la literatura monástica que nos es ajena, toda la literatura intelectual, es decir “Bizancio”, es reaccionario, es decir malo, portador del mal. Todo lo que tiende a la laicización de la lengua poética, es decir a la expulsión de la inteligencia monaquizante y de Bizancio de ella, trae a la lengua el bien, es decir la longevidad, y le ayuda como al justo a realizar la hazaña de una existencia independiente dentro de la familia de otros dialectos. También sería posible un cuadro totalmente opuesto, digamos, si un pueblo con una teocracia natural, como los tibetanos, se liberara de los conquistadores seculares extranjeros, como los manchures. En la poesía rusa lo principal lo han hecho sólo aquellos trabajadores que participaron directamente en la gran laicización de la lengua, en su secularización. Ellos son Trediakovski, Lomonósov, Batiushkov, Zazykov y finalmente Jlébnikov y Pasternak.

A riesgo de parecer extremadamente elemental, de simplificar hasta lo imposible la cuestión, podría dibujar los polos positivo y negativo en la situación de la lengua poética como una floración morfológica exuberante y un endurecimiento de la lava morfológica bajo la corteza semántica. La raíz polisémica errante vivifica el discurso poético.

El multiplicador de la raíz es la consonante, es el índice de su vigor. (El ejemplo clásico: “Smeiaryshnia smejochestv” de Jlébnikov.) La palabra se multiplica por las consonantes y no por las vocales. Las consonantes son la simiente y la garantía de la posteridad de la lengua.

Una conciencia lingüística degradada equivale a la atrofia del sentido de la consonante.

El verso ruso está lleno de consonantes y crepita y cruje y silba con ellas. Una verdadera habla secular. La lengua de los monjes es una letanía de vocales.

Gracias a que la lucha contra la inteligencia bizantino-monástica en el campo de batalla de la poesía después de Yazykov enmudeció, y en esta gloriosa actividad durante mucho tiempo no apareció un nuevo héroe, los poetas rusos, unos tras otros, comenzaron a volverse sordos al ruido de la lengua, se volvieron duros de oído a la marea de las olas sonoras y sólo con ayuda de una corneta acústica distinguían en el ruido del vocabulario su propio pequeño léxico. Por ejemplo: al anciano sordo de “La tragedia de ser inteligente” le gritan: “Príncipe, príncipe, atrás” (Sologub). Un léxico reducido todavía no es un pecado, ni un círculo vicioso. A veces encierra al locutor en un círculo de fuego, pero es señal de que el locutor no confía en su tierra natal y no puede poner el pie en cualquier lugar. En realidad los simbolistas rusos eran los pilares del estilo: quinientas palabras entre todos juntos. El vocabulario de un polinesio. Pero éstos por lo menos eran ascetas, devotos. Estaban sobre troncos. Ajmátova está sobre un entablado: se trata de pilares sobre entablados. Kuzmín esparce hierba en las duelas para que adquieran el aspecto de un prado.

Pushkin tiene dos expresiones para designar a los innovadores en poesía, una: “después de haber reavivado en nosotros retoños de ceniza, el deseo sin alas, pueden volar de nuevo”, y otra: “cuando el gran Gluck apareció y nos descubrió nuevos misterios”. Todos los que intenten seducir la poesía natal con sonidos e imágenes de una lengua ajena, serán innovadores según la primera fórmula, es decir, seductores. No es cierto que en la lengua rusa duerma el latín, no es cierto que duerma la Hélade. Con el mismo derecho se puede desembrujar en la música de nuestra lengua los tambores de los negros y las interjecciones monosilábicas de los cafres. En la lengua rusa duerme la lengua rusa, ella y sólo ella. Para un versificador ruso no es una alabanza, sino una ofensa directa que sus versos suenen a latín. ¿Y Gluck? — ¿Y sus misterios profundos y cautivadores? — Para el destino poético

ruso los misterios profundos y cautivadores de Gluck no residen en el sánscrito ni en el helenismo, sino en la consecuente secularización de la lengua poética. — Dénnos una vulgata, no queremos una Biblia en latín.

Cuando leo *Mi hermana la vida* de Pasternak, experimento la misma alegría pura del lenguaje popular, liberado de toda influencia exterior, del lenguaje cotidiano de Lutero, después del tenso, aunque comprensible para todos, para todos, por supuesto, comprensible, pero inútil latín. Abstruso antaño, pero que desde hace mucho tiempo dejó de ser abstruso, para gran aflicción de los monjes. Del mismo modo debieron alegrarse los alemanes cuando en sus casas de tejas por primera vez abrieron sus Biblias góticas, todavía fresquecitas, oliendo a tinta tipográfica. La lectura de Jlébnikov puede compararse a un espectáculo todavía más grandioso e instructivo, la forma como podría y debería desarrollarse toda lengua justa, sin haber sido abrumada ni mancillada por las adversidades y las violencias de la historia. El lenguaje de Jlébnikov es a tal punto mundano, a tal punto popular, que parece que nunca hubieran existido ni los monjes, ni Bizancio, ni la escritura culta. Es un lenguaje ruso absolutamente laico y secular, utilizado por primera vez desde que el libro existe en Rusia. Si se admite este punto de vista, desaparece la necesidad de considerar a Jlébnikov como una especie de brujo o chamán. Él trazó los caminos de desarrollo de la lengua, transitorios, intermedios, y este camino histórico inédito del destino lingüístico de Rusia, que se realizó únicamente en Jlébnikov, se afirmó en su “complejidad”, que no es otra cosa que formas de transición a las que les faltó el tiempo para constituirse en corteza semántica de una lengua justa y recta en desarrollo.

Cuando el barco, después de la navegación de cabotaje, sale al mar abierto, los que no soportan el balanceo desembarcan en la playa. Después de Jlébnikov y de Pasternak, la poesía rusa sale de nuevo al mar abierto, y muchos de los pasajeros habituales

deben despedirse de su barco. Los veo con sus maletas, encima de la escalera que ha sido lanzada a la orilla. Por el contrario, ¡cómo se hace desear cada nuevo pasajero que pone un pie en cubierta justo en ese momento!

Cuando apareció Fet, la poesía rusa se sintió inquieta por

La plata y el serpenteo
De un riachuelo adormilado

y al irse, Fet dijo:

Por la sal abrasadora
De la palabra perenne.

Esta sal abrasadora de algunas palabras, este silbido, chasquido, crujido, centelleo, chapoteo, plenitud de sonido, plenitud de vida, desbordamiento de imágenes y de sentimientos con una fuerza inaudita resurgieron en la poesía de Pasternak. Frente a nosotros tenemos una significativa manifestación patriarcal de la poesía rusa de Fet.

La majestuosa y familiar poesía rusa de Pasternak está ya pasada de moda. Es insípida porque es inmortal; es falta de estilo porque se atraganta de banalidad con el éxtasis clásico del ruseñor que picotea. Sí, la poesía de Pasternak es el grito del ave en celo (del urogallo en la era, del ruseñor en primavera), la consecuencia directa de una construcción fisiológica particular de la garganta, una marca de la especie, como el plumaje o el copete del pájaro.

Es — un silbido de pronto lanzado,
Es — un chasquido de hielo oprimido,
Es — una noche una hoja congelada,
Es — un combate entre dos ruseñores...

Leer la poesía de Pasternak es aclararse la garganta, reforzar la respiración, renovar los pulmones: versos así deben curar la tuberculosis. En este momento no tenemos una poesía más sana. Es — yoghurt de leche de burra comparado con la leche americana.

El libro de Pasternak *Mi hermana la vida* es, en mi opinión, un manual de excelentes ejercicios respiratorios: cada vez debe impostarse la voz de manera distinta, cada vez debe regularse nuestro poderoso aparato respiratorio.

La sintaxis de Pasternak es la de un interlocutor convencido de que, con ardor y emoción, está demostrando algo, pero ¿qué está demostrando?

¿Acaso el yaro suplica
indulgencia a los pantanos?
La noche respira el vaho
Del trópico ponzoñoso.

Es así, agitando los brazos, refunfuñando, como se teje la poesía titubeante, languideciente, beatíficamente embrutecida y sin embargo la única sobria, la única que ha despertado de todo lo que existe en el mundo.

Por supuesto Herzen y Ogariov, cuando de niños paseaban por las colinas de los gorriones, experimentan fisiológicamente el éxtasis sagrado del espacio y el vuelo de los pájaros. La poesía de Pasternak nos habló de estos instantes: es — la esplendente Niké, trasladada de la Acrópolis a las colinas de los gorriones.

1923

Traducción de Selma Ancira